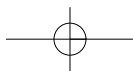
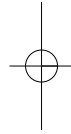
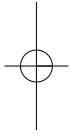
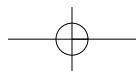
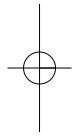
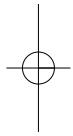


EL RÍO DE LA VIDA





En nuestra familia no había una separación clara entre religión y pesca con mosca. Vivíamos en la región occidental de Montana, confluencia de grandes ríos trucheros, y nuestro padre, además de pastor presbiteriano, era un pescador experto que montaba sus propias moscas y enseñaba a los demás. Nos contó que los discípulos de Jesucristo eran pescadores, de lo cual se deducía —o así lo hicimos mi hermano y yo— que en el mar de Galilea todos los pescadores de primera clase pescaban con mosca y que Juan, el favorito de Jesús, era un especialista en mosca seca.

Es cierto que un día a la semana estaba íntegramente dedicado a la religión. Los domingos por la mañana mi hermano Paul y yo acudíamos a la escuela dominical y luego a los «oficios matutinos» para oír predicar a nuestro padre y, al caer la tarde, íbamos a perfeccionamiento cristiano y a los «oficios vespertinos» para oírle predicar otra vez. Entre medias, a primera hora de la tarde, teníamos que estudiar el *Westminster Shorter Catechism* durante una hora y recitar después la lección si queríamos ir con él al monte cuando descansaba entre un oficio y otro. Pero siempre se limitaba a hacernos la primera pre-

16 NORMAN MACLEAN

gunta del catecismo: «¿Cuál es el fin primordial del hombre?». Mi hermano y yo respondíamos a la vez para que uno de los dos pudiera continuar si el otro se atrancaba: «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él eternamente». Con esto se daba por satisfecho, como no podía ser menos ante tan bella respuesta; además, estaba ansioso por ir a las colinas, donde su alma y él mismo se henchían de nuevo para el sermón vespertino. Uno de los métodos que más empleaba para ello era recitarnos fragmentos de esta segunda homilía, salpicados con frases escogidas de entre lo más acertado de su sermón matinal.

Aun así, lo normal era que Paul y yo recibiéramos aproximadamente la misma cantidad de horas semanales de instrucción sobre pesca con mosca que sobre todos los demás asuntos espirituales.

Convertidos ya en buenos pescadores, mi hermano y yo nos dimos cuenta de que nuestro padre no era un maestro del lanzado, pese a ser preciso, tener estilo y calzarse un guante en la mano de lanzar. Mientras se abrochaba el guante momentos antes de impartir una clase, solía decir: «Éste es un arte que se ejecuta entre las diez y las dos con un ritmo de cuatro tiempos».

Como buen escocés y presbiteriano, mi padre creía que el hombre era un desastre por naturaleza y que había perdido su estado de gracia primigenio. No sé por qué, de pequeño lo interpreté como que se había vuelto serio de repente. En cuanto a mi padre, nunca llegué a saber si creía que Dios era matemático, pero sin duda él creía que a Dios se le daba bien contar, y que sólo captando los ritmos divinos seríamos capaces de recuperar la fuerza y la belleza. A diferencia de muchos presbiterianos, mi

padre empleaba a menudo la palabra «bello» o «hermoso».

Después de abrocharse el guante, sujetaba la caña recta delante de él, donde la veíamos temblar con los latidos de su corazón. Aunque la caña medía dos metros y medio de largo, apenas superaba los cien gramos de peso. Estaba hecha con caña de bambú partida procedente de la lejana bahía de Tonkín, revestida con hilo de seda de color azul y rojo, y sus tramos estaban cuidadosamente separados entre sí a fin de que tan delicado objeto tuviese la potencia necesaria sin llegar a ser tan rígido que no pudiera vibrar.

Había que llamar a la caña *rod*. Si alguien decía *pole*, mi padre lo miraba como un sargento miraría al recluta que acaba de llamar escopeta a un rifle.

Mi hermano y yo hubiéramos preferido iniciarnos en el arte de la pesca pasando directamente a la práctica y saltándonos todos esos prolegómenos que, por técnicos o complicados, se interponían en la mera diversión. Pero no fue a través de la diversión como accedimos al arte paterno. Si de él hubiera dependido, a nadie que no supiese pescar como Dios manda se le habría permitido deshonorar a un pez capturándolo. De modo que uno tiene que iniciarse en el arte al estilo militar-presbiteriano y, si nunca has empuñado una caña de pescar con mosca, enseguida compruebas hasta qué punto es cierto, objetiva y teológicamente hablando, que el hombre es un verdadero desastre: esa cosa de algo más de cien gramos anudada con hilo de seda que vibra con los movimientos subcutáneos de la carne se convierte en un palo sin cerebro, negándose a hacer hasta la cosa más simple que se le ordene. Lo único que debe hacer la caña es levantar del

18 NORMAN MACLEAN

agua la línea o sedal, el líder y la mosca, darles un buen tirón por encima de la cabeza y luego lanzarlos hacia adelante de forma que se posen en el agua, sin producir el menor chapoteo, por este orden: mosca, líder transparente y línea. De lo contrario, el pez ve que la mosca es una engañifa y se marcha. Naturalmente, hay lances especiales que cualquiera puede prever que van a ser difíciles y requieren una habilidad artística: lanzados en los que el hilo no puede pasar por encima de la cabeza del pescador porque justo detrás hay una peña o unos árboles, lances laterales para hacer que la mosca pase por debajo de las ramas bajas de un sauce, y así sucesivamente. Pero ¿qué tiene de especial un lanzado al frente, si sólo hay que empuñar la caña y proyectar la línea hacia el cauce?

Pues bien, hasta que el hombre no sea redimido seguirá inclinando la caña hacia atrás más de la cuenta, del mismo modo que el lego toma siempre demasiado impulso con el hacha o el palo de golf y pierde toda su fuerza en el trayecto aéreo, sólo que con una caña de pescar es peor, porque la mosca suele ir a parar tan lejos que termina enganchada en cualquier arbusto o cualquier roca a tus espaldas. Cuando mi padre decía que era un arte que terminaba a las dos en punto, añadía a veces «más cerca de las doce que de las dos», queriendo decir que había que echar la caña hacia atrás sólo un poquito más allá de la vertical de la cabeza (siendo las doce la vertical exacta).

Y, puesto que aplicar la fuerza sin recuperar la gracia es una tendencia innata en el hombre, éste mueve la línea de atrás adelante como un látigo, haciéndola silbar y a veces arrancando incluso la mosca del líder, pero la potencia que debía propulsar la pequeña mosca hacia el cen-

tro del río acaba sirviendo sólo para formar una especie de nido de pájaro con línea, líder y mosca, que se precipita al agua a unos tres ridículos metros del pescador. Ahora bien, si éste visualiza el viaje de ida y vuelta de línea, líder y mosca desde el instante en que abandonan el agua hasta su regreso, le resultará más fácil lanzar. De manera natural se alza del agua primero y por delante la pesada línea y detrás el liviano líder transparente arrastrando consigo la mosca. Pero, al pasar sobre la cabeza del pescador, necesitan un mínimo lapso de tiempo a fin de que el liviano líder transparente y la mosca alcancen la pesada línea que ya empieza a avanzar y le sigan detrás; de lo contrario, la línea, que ya está iniciando el camino de regreso, chocará con la pareja líder-mosca cuando todavía están subiendo y el resultado será que un nido de pájaro se caerá tontamente al agua a tres ridículos metros del pescador.

Casi en el mismo momento en que se ha restablecido, la secuencia de línea, líder y mosca debe ser invertida, pues la mosca y el bajo de línea tienen que ir por delante del sedal al posarse en el agua. Si el pez percibe un sedal muy conspicuo, el pescador sólo verá unas flechas negras que se alejan, y ya puede ir buscando otro sitio. Bastante por encima de la cabeza, en el lance frontal (aproximadamente a las diez en punto del reloj imaginario), el pescador hace otra parada.

El ritmo de cuatro tiempos es, por supuesto, funcional. En el «uno» levantas del agua línea, líder y mosca; en el «dos», los proyectas más o menos en línea recta hacia lo alto; el «tres» era según mi padre para indicar que, en la coronación de la maniobra, líder y mosca necesitan un pequeño lapso de tiempo para situarse detrás de la línea cuando ésta inicia su trayectoria frontal; y en el «cuatro»

20 NORMAN MACLEAN

aplicas potencia y tiras de la línea hacia ti hasta las diez en punto; luego, la parada, dejando que líder y mosca adelanten a la línea y se deslicen en un aterrizaje suave y perfecto. La potencia no se obtiene de aplicarla al buen tuntún, sino de saber dónde hay que hacerlo. Recordemos que, como solía decir mi padre, «éste es un arte que se ejecuta entre las diez y las dos con un ritmo de cuatro tiempos».

Mi padre estaba muy convencido de determinados temas relativos al universo. Para él, todo lo bueno —la salvación eterna, pero también las truchas— se adquiere mediante la gracia, la gracia se consigue mediante el arte y el arte no se consigue fácilmente.

Y así es que mi hermano y yo aprendimos a lanzar al estilo presbiteriano, con un metrónomo. El metrónomo era de nuestra madre; padre lo cogía de encima del piano que teníamos en el pueblo. A ratos ella espiaba el embarcadero desde el porche de la cabaña, preguntándose nerviosa si su metrónomo flotaría llegado el caso. Y cuando ya no podía más y venía a reclamarlo pisando fuerte por el embarcadero, mi padre marcaba el ritmo de cuatro tiempos con palmadas.

Con el tiempo, nos inició en la literatura sobre la materia. Siempre procuraba decir algo solemne mientras se abrochaba el guante en la mano de lanzar. «Izaak Walton —nos dijo una vez cuando mi hermano tenía trece o catorce años— no es un autor respetable. Además de episcopaliano, pescaba con cebo.»

Aunque Paul tenía tres años menos que yo, me llevaba ya mucha ventaja en todo lo relativo a pescar y fue él quien encontró primero un ejemplar de *The Compleat Angler*.

—El muy burro ni siquiera sabe escribir bien «completo»* —me comunicó—. Además, trae canciones para cantarle a las vaqueras.

Le pedí prestado el libro y le dije:

—Algunas de esas canciones están muy bien.

—¿Y cuándo has visto tú a una vaquera en el Big Blackfoot? —replicó, añadiendo—: Me gustaría convencerlo para ir a pescar un día al Big Blackfoot, mano a mano, y con apuesta de por medio.

El niño estaba muy enfadado, y yo jamás he tenido la menor duda de que el niño habría ganado la apuesta al episcopaliano.

Cuando eres un adolescente —y quizá durante toda tu vida—, ser tres años mayor que tu hermano hace que muchas veces pienses que es un niño. Sin embargo, yo ya intuía que iba a convertirse en un maestro de la caña de pescar. Aparte de un buen aprendizaje, Paul tenía todos los demás aditamentos: talento, suerte y una gran confianza en sí mismo. A su edad ya apostaba con cualquiera (yo incluido) a quién pescaba más peces. Podía resultar cómico, aunque no siempre, ver a un muchacho tan dispuesto a hacer una apuesta y tan convencido de que la ganaría. Yo, aunque tenía tres años más, no me sentía tan mayor como para apostar dinero. Daba por sentado que eso de apostar era cosa de hombres que llevaban sombrero de paja muy echado hacia atrás. De ahí que me sintiera tan confuso como turbado las dos o tres primeras veces que Paul me preguntó si no quería, también, «hacer una pequeña apuesta, sólo para que la cosa sea

* En inglés moderno, *complete*, y no *compleat*. El texto de Walton data de mediados del siglo XVII. (N. del T.)

22 NORMAN MACLEAN

más interesante». La siguiente vez que me lo preguntó creo que debí de enfadarme, porque ya no me habló nunca más de dinero, ni siquiera para que le prestara unos dólares cuando pasaba algún que otro apuro.

Teníamos que andarnos con mucho cuidado en el trato mutuo. Yo a menudo lo consideraba un niño, es cierto, pero nunca lo traté como a tal. Él no era «mi hermano pequeño». Era maestro en un arte. No quería consejos, dinero ni ayuda de ningún hermano mayor, y, al final, yo no pude ayudarle.

Una de las primeras cosas que los hermanos tratan de averiguar es en qué difieren el uno del otro, y si hay algo que recuerdo especialmente de Paul es esa manía suya de apostar. A veces iba a ferias rurales y hacía ver que apostaba a los caballos, igual que los hombres, sólo que ninguna caseta aceptaba sus apuestas porque éstas eran demasiado pequeñas y él demasiado joven. Cuando eso ocurría, mi hermano solía decir (como lo había hecho de Izaak Walton y de todo aquel a quien considerara un rival): «Ya me gustaría vérmelas con ese cabrón mano a mano en el Blackfoot, y con apuesta de por medio».

A los veintipocos años ya se codeaba con profesionales del póquer abierto.

Las circunstancias también contribuyeron a agrandar nuestras diferencias. La leva de la primera guerra mundial dejó los bosques sin hombres, de modo que yo, con quince años, empecé a trabajar en el Servicio Forestal de Estados Unidos. Desde entonces pasé muchos veranos en el bosque, ora trabajando con los forestales, ora en campamentos de leñadores. Me gustaba el bosque y me gustaba trabajar, pero durante muchos de esos veranos apenas toqué la caña de pescar. Paul era entonces dema-

siado pequeño para manejar un hacha o darle a la sierra todo el día y, además, él ya había decidido que tenía dos grandes objetivos en la vida: pescar y no trabajar, o al menos no permitir que el trabajo interfiriera con la pesca. Después, de adolescente, se buscó un trabajo de socorrista en la piscina municipal: a media tarde quedaba libre para ir a pescar y durante el día se dedicaba a mirar a las chicas en bañador y quedar con alguna por la noche.

Cuando tuvo que elegir una profesión, se hizo periodista, en un diario de Montana. Así pues, a temprana edad, supo cuáles eran sus objetivos en la vida, que a su entender no se contradecían con la respuesta a aquella primera pregunta del catecismo.

Sin duda alguna, nuestras diferencias no habrían parecido tan grandes si no hubiéramos sido una familia tan unida. En una pared de la escuela dominical estaba pintada la leyenda «Dios es Amor», y siempre supusimos que esas tres palabras iban claramente dirigidas a los cuatro miembros de la familia, sin relación alguna con el mundo exterior, un mundo que, como mi hermano y yo íbamos a descubrir pronto, estaba lleno de cabrones cuyo número iba en aumento a medida que te alejabas de Missoula (Montana).

Compartíamos también la certeza de ser tipos duros, una certeza que aumentaría con los años, al menos hasta bien entrada la veintena y tal vez, probablemente, mucho más allá. Pero nuestras diferencias asomaban incluso en la dureza misma. Yo era duro en tanto que producto de instituciones duras, el Servicio Forestal y los campamentos de leñadores. Paul, por el contrario, lo era por su convencimiento de ser más duro que cualquier institución. Día tras día mi madre y yo observábamos

24 NORMAN MACLEAN

horrorizados cómo el predicador escocés intentaba que aquel niño se comiera sus gachas de avena. Mi padre también estaba horrorizado, al principio porque un hijo de sus propias entrañas se negara a comer el alimento de Dios, y, más adelante, porque el chiquitín resultó ser más duro aún que él. Mientras la ira del pastor iba en aumento, el niño mantenía la cabeza baja sobre la comida y las manos juntas, como si su progenitor estuviera bendiciendo la mesa. Sólo un detalle ponía en evidencia la propia e inmensa cólera del niño: los labios se le hinchaban. Cuanto más se acaloraba mi padre, más se enfriaba la papilla, hasta que al final mi padre terminaba agotado.

Así pues, mi hermano y yo no sólo nos sabíamos duros, sino que éramos conscientes de que el otro también tenía esa opinión de sí mismo. Paul sabía que yo ya había sido capataz de brigadas antiincendios y que, si trabajaba para mí y empujaba el codo, como cuando trabajaba de reportero, yo le diría que volviera al campamento, pidiera el finiquito y se largara con viento fresco. Sabía que hacerle apagar fuegos era tan difícil como hacerle comer gachas de avena.

Compartíamos también una teoría muy seria acerca de las peleas callejeras: cuando veas que empieza una, procura dar tú el primer puñetazo. Ambos coincidíamos en que muchos cabrones son menos duros de lo que cabría suponer por su catadura o su lenguaje. A la que se notan un par de dientes flojos, ya los ves frotarse la boca, mirarse la sangre y, al momento, están invitando a una ronda. Pero, como decía mi hermano, «aunque todavía tengan ganas de pelea, cuando empieza la cosa tú les llevarás un puñetazo de ventaja».

El único problema con esta teoría es que sólo es cierta

estadísticamente. De vez en cuando te topas con alguno al que le gusta pelear tanto como a ti y encima se le da mejor. Si empiezas aflojándole un par de dientes, posiblemente le entrarán ganas de matarte.

Supongo que era inevitable que mi hermano y yo termináramos enzarzándonos en una pelea en toda regla y que además aquélla fuera la última. Y, dadas nuestras teorías al respecto, cuando llegó el momento fue como el Battle Hymn, una cosa rápida y terrible. No llegué a ver algunas escenas de la pelea. No vi a mi madre interponerse entre los dos para tratar de detenernos. Ella era menuda, llevaba gafas y, ni siquiera con ellas puestas, veía demasiado bien. Jamás había presenciado una pelea ni tenía idea de lo mal parado que puede salir uno si se entromete. Evidentemente, nuestra madre sólo se interponía entre sus dos hijos. Lo primero que vi de ella fue la coronilla, el pelo gris recogido en un moño grande con una gran peineta; pero lo más llamativo fue que su cabeza estaba tan cerca de Paul que no pude atizarle a él un buen puñetazo. Instantes después dejé de verla.

La pelea pareció terminar por sí sola y de golpe. Mi madre yacía en el suelo, entre los dos. Entonces mi hermano y yo nos echamos a llorar y a pegarnos con rabia, gritándonos el uno al otro: «Hijo de puta, has tumbado a mi madre».

Ella se levantó del suelo y, medio ciega sin sus gafas, empezó a tambalearse entre los dos mientras decía, sin saber muy bien a quién se estaba dirigiendo: «No, no has sido tú. He resbalado y me he caído».

Fue la única vez que nos peleamos.

Quizá siempre quisimos saber cuál de los dos era más duro, pero si las preguntas de la adolescencia no obtienen

26 NORMAN MACLEAN

respuesta en su momento, ya no tiene sentido plantearlas más tarde. Recuperamos, pues, la gentileza del uno para el otro, tal como sugería la frase pintada en la pared. También sentíamos que el bosque y los ríos nos trataban con gentileza cuando caminábamos por ellos o por sus orillas.

Es cierto que apenas íbamos a pescar los dos juntos. Ambos teníamos más de treinta años entonces, y este «entonces», de aquí en adelante, es el verano de 1937. Nuestros padres (él se había jubilado) vivían en Missoula, de donde éramos oriundos, y Paul trabajaba como periodista en la capital del estado, Helena. Yo, para emplear las palabras con que mi hermano se refería a esta etapa de mi vida, me había «largado y casado». Vivía entonces con la familia de mi esposa en la pequeña localidad de Wolf Creek, pero, como Wolf Creek está a sólo sesenta kilómetros de Helena, aún nos veíamos con cierta frecuencia y eso comportaba, por supuesto, ir a pescar juntos alguna vez. De hecho, si en esa ocasión fui a Helena a ver a mi hermano fue por la pesca.

Debo aclarar que me lo había pedido mi suegra. No me hacía ninguna gracia, pero estaba casi seguro de que al final mi hermano diría que sí. A mí él nunca me había negado nada y le caían muy bien tanto mi suegra como mi esposa, a la cual incluía en esa frase pintada en la pared, pese a que jamás llegó a entender «qué me había entrado» para que se me ocurriera casarme.

Me topé con él delante del Montana Club, un edificio construido por mineros ricos en el punto del Last Chance Gulch donde supuestamente habían descubierto oro. Aunque sólo eran las diez de la mañana, me olí que Paul se disponía a tomar un trago, pero antes de preguntárselo yo tenía que darle una noticia.